

poemas de *No se trata de un juego*

(col. Juan Ramón Jiménez, 1998;
2ª edición, Maillot Amarillo, 2004)

Eduardo García

UN HOMBRE MIRA A OTRO EN LA VENTANA

Un hombre mira a otro en la ventana;
a otro hombre sentado junto a otra
ventana silenciosa,
su mirada en la página y el aire
solemne con que lee ahora una línea
buscando un sol de invierno, unos caballos
galopando en la nieve, una mujer
hermosa e imposible y fugitiva,
la caricia del viento y la costumbre
o la detonación, el grito, el breve
latido en que la sangre se demora
suspendida y a punto,
y ahora sí,
el temblor de la piedra sumergida,
el aliento que vibra y se desboca,
la ciudad que aparece en la distancia.

Un hombre mira a otro en la ventana.
Escribe unas palabras. No sospecha
—más allá de la sangre y los caballos
y el viento y la mujer y aquel latido—
que los trazos que araña en el papel
son los versos que el otro lee ahora.

AL OTRO LADO

Te digo que esta vez lo digo en serio.
No consigo dormir, me asusta el tiempo
que tengo que pasar sin ver tu risa
liviana apoderarse de la casa.
Noche tras noche vienes y me dejas
más sólo que la luna. Ese recuerdo
me basta para hacer un melodrama
del día que me espera, sin un beso
que llevarme a la boca. Mi mujer
no sospecha de ti; sólo pregunta
de dónde ese aire huérfano, esa leve
sonrisa que me vuelve transparente
me llegan

y hacia dónde me conducen.

Ya no voy a fingir. Hoy es el día.
Esta noche nos vemos para siempre.
Cruzaré en un descuido la pantalla.
Me quedaré contigo al otro lado.

TENÍA QUE ENCONTRARLE EN UN POEMA

Salió de no sé dónde. Iba descalzo,
con la cara tiznada como entonces,
el aire de un pirata diminuto,
la sonrisa torcida y en los ojos
intacta la malicia.

Pudo reconocerse
a pesar de las grietas en mi cara,
a pesar de mi aspecto impropio,
de mi disfraz de adulto, mi voz grave.

«¿Dónde estabas? —me dijo—. Este verano
te echábamos de menos. Junto al río
he encontrado los restos de un naufragio.
Ven a cavar conmigo. En la otra orilla
nos vigilan jinetes emboscados.»
Tuve que convencerle de que no,
que sólo estaba allí por un azar.
—¿Cómo iba a irme con él con esta facha,
con este cuerpo enorme y perezoso?—.
Allí nos despedimos, no sin antes
enviarle recuerdos para todos.
Lo dejé en su verano inagotable.

LA TRISTEZA SE LLAMA SINSENTIDO

La tristeza se llama sinsentido,
se llama no sé adónde conduce esta escalera interminable,
se llama ya no hay llave, quizá no la hubo nunca,
se llama llega tarde, se acaban de agotar todos los plazos.

La tristeza no avisa por teléfono,
ni siquiera llama al timbre antes de entrar,
te coge con el traje o el pijama,
te coge acompañado y entonces hay que huir,
te coge solo, entonces... ¿a quién llamas?

Es imposible verle la cara a la tristeza.
Huele a cerrado. Es áspera su voz.
Besa como lo haría un muñeco de cera.
Cuando llega su hora se levanta,
se va como llegó pues la tristeza
se llama sinsentido.

AL FONDO DE LA ESCENA

He cruzado el umbral. Estoy en casa.
Después del frío, el viento y los veranos
he venido. Saludo a los objetos
con un suspiro grave y respetuoso.
La sala decorada con flores que parecen
desplomarse carnívoras sobre los comensales.
He ocupado mi silla. Alguien comenta
el precio escaso de la vida humana
en un país remoto y las noticias
dejan caer promesas de un futuro
que merezca la pena. La mujer
me sirve una sonrisa.
El hombre habla con ella como quien acaricia
un sueño que se hiciera cotidiano.
Bajo el mantel los niños se pelean.
La sal. El pan. La mesa como siempre:
cada cual en su sitio, absorto en la tarea
de ser el personaje que la trama
dispone.

Así, ya ves, somos felices.

Ignoramos que un día la ausencia de la madre,
esa silla vacía, inconcebible,
hará que el niño aquél —al fondo de la escena—
escriba estas palabras.

NO SE TRATA DE UN JUEGO

No se trata de un juego. Estoy perdido
en anónimas calles
de una ciudad desconocida. Voy
buscando a un hombre que huye tras mis pasos,
su voz, su gesto grave, su silueta
confundiéndose, lejos, entre la multitud.

Sé que lo acosaré con la mirada,
sé que se ocultará a mis tristes ojos,
que dejará un reguero de piezas inconexas,
una casa en el campo, la sombra de una encina,
la risa de su madre al despertarle
un domingo, las chicas, confianzas
al calor de la hoguera, el corazón
como el pájaro herido que vacila:
sonrisas que ya no, gestos de viento
disipándose al tacto como estrellas fugaces.

Alzo la mano. Estoy
a punto de tocarle tan despacio,
tan cortina de niebla estremecida,
tan infinitamente cerca, aquí,
debajo de mi voz, en el espacio
que media entre la espada y la pared.

Al descubrir su cara lo comprendo.
Yo soy mi cazador, yo soy la presa;
yo soy quien me sonrío en la penumbra.
Nos separa un papel y sin embargo
no podré cruzar nunca ese desierto.

ASÍ SUENA LA VOZ cuando se vuelca en tinta.

Así las diminutas raíces en secreto,
el rugido del claxon y las enredaderas,
las casas a lo lejos, la piel a la intemperie,
la serpiente de luz que abraza las esquinas,
el pentagrama en blanco donde aguarda el amor.

En la página quedan,
tierra de nadie, paso fronterizo
entre los calendarios, las normas, la razón,
sus redes invisibles,
y la dulce acrobacia del deseo.